

Mahón 7 Abril 1905.

EL PORVENIR DEL OBRERO

Negaciones del Estado

(CONTINUACIÓN)

Precisamente para contener al pueblo en el círculo de sus prescripciones, ha tenido que acumular todos los elementos de fuerza y astucia que le prestan las sociedades modernas con su industrialismo y habilidades. Puede decirse, que la principal misión del Estado, en la actualidad, es reducir á los desheredados á la explotación y la iniquidad, y á sembrar entre sus legiones la mala semilla del individualismo en el orden económico, y el credo de partidos en el terreno político, como admirables generadores de la desunión y privativos de la fraternidad y la solidaridad. Comparemos si no un sólo hecho histórico de los tiempos en que la comunidad de intereses y aspiraciones movían á las masas, y veremos como la veleidat y los disentimientos actuales entre los hombres y los grupos, es obra de la vinculación de poderes por un organismo central.

«Por aquel tiempo (1520) se levantó una gran borrasca en Valencia, por haber ahorcado D. Pedro Ladrón, vizconde de Chelva, á un vasallo suyo por capitán de los comuneros que de Chelva se había hermanado con los de Valencia. Desta justicia se sintieron tanto los de Valencia, que conmoviéndose unos á otros, de que les habían muerto un su hermano, se fueron amotinados á la casa que tiene en ella en la plaza de Calatrava, y ocupándose tres días en combatirla, con *extrago y quema de los papeles y escrituras*; tomaron el camino de Chelva con banderas y cajas, en número de mil y quinientos; y como si fueran á la guerra de la Tierra Santa, se les fueron agregando otros tantos de los pueblos por donde pasaban; y todos juntos saquearon la villa, quemaron la casa del Almir y dos Mezquitas y derribaron el castillo: y hechos mil otros daños, en suma de más de veinte mil ducados, dieron la vuelta para Valencia muy ufanos y entraron gritando: ¡Victoria, victoria! y desde en adelante dieron en una bizarría, que no habían de consentir que plebeyo fuese ahorcado hasta que no lo hubiesen visto de algún caballero. (1)

Aquel espíritu de solidaridad entre los hermanos, molestó durante mucho tiempo á nobles y reyes, y, dígame lo que se quiera, no murió en Villalar, ni se extinguió con Guillem Sorolla y Peris, sino que sólo consiguió matarle la burguesía con su régimen representativo, sus farsas y brutalidades.

Se nos objetará quizá, por boca de algún buen sugeto, con taparrabos aun en cuestiones sociológicas, que las amplias bases legis-

lativas de la democracia imperante abarcan la solución pacífica del problema obrero; pero permítasenos pasar en silencio sobre ésta objeción, en honor al buen sentido de nuestros lectores.

Ya hemos demostrado que el Estado no garantiza ni la vida ni la libertad de los humildes. En cuanto á la solidaridad y apoyo mutuo entre los obreros actuales, con sólo señalar la relativa indiferencia con que se miran los tormentos y fusilamientos de sus mejores hermanos, convendremos en que dista mucho de aquella bizarría de no consentir que *plebeyo fuese ahorcado hasta que no lo hubiesen visto de algún caballero*. Por fortuna empiezan en nuestros días á manifestarse magnánimos actos de solidaridad, bajo más espléndidos conceptos que los de antaño, pero es preciso declarar que sólo se realizan entre una minoría de proletarios, emancipados de las viejas supersticiones, del respeto jerárquico y de las mentiras de los vividores políticos.

Por eso podemos repetir, hasta como estribillo. El Estado, es la negación de la libertad y emancipación económicas del pueblo.

La universal vinculación de poderes ha ahogado, hasta en la vida pública oficial, la espontánea tendencia al mejoramiento administrativo de determinados organismos.

Se nos ha dicho que merced á la vigilancia del Estado y su derecho á la inspección de las corporaciones administrativas, existe en nuestros días un límite á todo abuso y poca responsabilidad para el malversador y prevaricador. Aparte de que esta objeción es sugerida por remembranzas de las antiguas concepciones teológicas, según las cuales el hombre hace el bien sólo por temor á la responsabilidad anexa al mal, los hechos cotidianos nos demuestran lo siguiente: 1.º, que raramente es honrada, es decir exenta de móviles políticos, la intervención del Estado en las inspecciones administrativas; y 2.º, que jamás por temor á investigaciones dejaron de malversar fondos los que los tuvieron á su disposición, si se sintieron con disposición y aptitudes para ello.

El mundo está lleno de códigos, de reglamentos y precedentes que sientan jurisprudencia. Con todo eso se determina más ó menos bien el delito y correlativamente el castigo. Sin embargo, raramente va á presidio un hábil irregularizador y, con harta frecuencia, funestos malhechores gozan de libertad como los hombres inofensivos y honrados. Con respecto á los delitos políticos, son inútiles, como sucio papelote, todos esos libros en los que, según *Beccaria*, se fija la conciencia de la nación y se establece el orden legal.

En otro orden de cosas las funciones del

Estado, ó han fracasado completamente, ó son igualmente negativas.

Ni siquiera la propiedad, «la santa propiedad», halla en él los necesarios principios de estabilidad. La prueba es que la pequeña propiedad es absorbida por la grande, y mientras se condena al desesperado que la ataca por hambre ó espíritu de imitación, nada se hace contra los grandes capitales que, obteniendo beneficios con interés compuesto, amenazan absorber al mundo, al Estado inclusive, del que son acreedores.

Lo mismo, pues, que ese menguado apoyo á la pequeña propiedad, sucede con la responsabilidad administrativa: ni de ésta se han podido separar los parásitos, ni de aquélla los usureros, los picapleitos, el fisco y hasta el ladrón vulgar al que le es más accesible la modesta cómoda que la opulenta caja de caudales. En éste, como en otros sentidos, las garantías y la paternal tutela del gobierno representativo es bien efímera, por no decir nula.

Y para llegar á tan contradictorios resultados, el Estado agrupa á su alrededor, entre burocracias, ejército y distintas instituciones armadas, cleros y magistrados, cuatro novenas partes del contingente humano. Tan monstruoso atentado al trabajo útil, al que directamente fomenta la riqueza social, no es nada, si esta restricción material se compara con el transtorno moral que suponen los errores, falacias, injusticias y prejuicios que de su actividad se derivan.

No es, pues, extraño que lleguemos siempre á la misma consecuencia; es á saber: que el Estado, bajo el régimen burgués, es el continuador histórico de la autocracia y el cesarismo; que no ha desvinculado la centralización de poderes; que los humildes no hallan en él ninguna garantía; que absorbiendo potestades ha deshecho aquellos organismos comunistas en los cuales los débiles, los que carecen de audacia y les falta cinismo para no respetar á sus semejantes, hallaban su existencia asegurada aportando á su clan lo único de que eran capaces: su honradez y modesto trabajo.

Igualmente ha hecho desaparecer de las comunidades y municipios los impulsos y las iniciativas creadoras, y con el triunfo del individualismo, el antagonismo de los hombres y las profesiones, ha adquirido un tal furor, que la guerra ya no es un duelo colectivo entre ejércitos, sino un principio universal, como ya hemos demostrado, por el que los individuos y los intereses están siempre en choque.

Sostiénese que de este choque ha surgido la civilización moderna, y no seremos nosotros quien lo niegue: sus brutalidades y salvajismos delatan bien á las claras su origen.

(1) HISTORIA DE LA CIUDAD Y REINO DE VALENCIA. «Apéndice al libro nono t. II, p. 660—Escolano y Perales.» Edición de TERRASA ALIANA, Valencia.

Pero ello no obstante, nadie sostendría con éxito la tesis de que por el esfuerzo de la evolución pacífica de las ciudades y comunidades gremiales, no se hubiera llegado igualmente á una civilización tan poderosa como la presente, pero bastante más equitativa y moral.

Al menos el camino hacia el porvenir estaría más expedito, porque los hombres y los grupos conocedores de las empresas gigantes realizadas sin intermediarios no hubieran perdido la construcción de su poder. La misma *gilda* que contenía una catedral (1) sin más elementos materiales que los de una mecánica rudimentaria, sabría construir hoy cualquier obra gigantesca de ingeniería, sin necesidad de «leyes bienhechoras» que realicen estos prodigios por una especie de sortilegio que el buen sentido no alcanza á comprender.

ANTONIO L. RODRIGO

(continuará.)

El hambre

«El hambre, he ahí el enemigo de la raza humana. Mientras el hombre no sojuzgue á ese cruel enemigo que le degrada, los descubrimientos de la ciencia no serán sino la ironía de su triste suerte, el lujo de una existencia que carece de lo necesario.»

Así habla M. Oscar Commettant en un curioso artículo de la *Nouvelle Revue*. Reconozco que, en efecto, el hambre es una cruel sujeción para todo lo que vive, que la perpetua necesidad de alimentarse es lo que constriñe á los seres vivientes á ingeniarse, á torturarse, á destruirse entre sí, para conservar á toda costa este bien ó este mal supremo: la vida. Tal es la ley.

El indiferente cristal engastado en la roca inmutable, no siente, ni apetece, ni quiere. Las aguas del cielo, inconscientes, podrán tal vez perdurar por siglos en la obra de carcomer las aristas del cristal sin que éste padezca, sin que sienta la necesidad de reparar las pérdidas sufridas. El cristal es, permanece él mismo. Toda la mecánica planetaria que lo ha producido, lo amenaza y algún día dispondrá de él, reintegrando, en el cielo de la nebulosa impalpable, la materia eterna, testigo mudo de todo lo que ha sido y de todo lo que será. El duro cristal empujado, espera, desafiando, al parecer, los elementos. Pero la ligera nube que pasa dulcemente, lo roza y acaricia con un suave arañazo. Es bastante para marcar en su superficie el signo del futuro triunfo del tiempo...

Mirad esa pequeña mancha gris, no mayor que la cabeza de un alfiler. Es el líquen, traído por el viento; allí se ha aferrado para no irse jamás. Viene á comer, á alimentarse; y el buen cristal que nunca se inquieta, lo nutre y lo fortifica impasiblemente. Es la vida que aparece, la vida exigente, absorbente, devoradora, que viene á acrecentarse, á ensancharse á expensas de lo que la rodea, sojuzgando á la materia inerte para asimilársela, para convertirla en sustancia organizada, ya bajo el sufrimiento de necesidades que quiere satisfacer, ya en el goce de las necesidades satisfechas.

Y después, de la humedad de la leprosa mancha, sobreviene la gramínea que echa sus raicillas á través de las grietas de las edades; y un filamento repleto de agua, capilar, incompresible, hace que rompa, que estalle la piedra. Mata el invierno; la primavera trae nuevos brotes, nueva vida. La hierba vence al líquen, como el líquen venció al cristal. Después sobreviene el arbusto que toma la vida de todos. El hambre es la reina del mundo. Y á toda hora el rebaño

que baja de la montaña devorará todo lo demás, el líquen, la hierba y los arbolillos. Y el pastor, á su vez, se comerá al cordero; y la obscura vegetación celular que fué la primera palabra de la vida, dirá la última palabra del pastor. Así se manifiesta, en todos los grados de la gerarquía, la necesidad de vivir, el hambre reguladora del orden viviente.

Todo lo que vive quiere vivir; todo lo que vive siente hambre; todo lo que vive devora y es á su vez devorado. La ley suprema de la necesidad en busca de su presa, es la fuerza. El universo no es más que un choque de fuerzas en el que á la mayor asiste la razón.

Sin duda, el hombre salió un día de la caverna, donde le acorralaban las fieras, con la idea de asociarse para defenderse de la enemiga naturaleza. Siguió su ley natural convirtiendo las flaquezas individuales en una gran fuerza común. Lucha de individuos, lucha de tribus ó de naciones; siempre la guerra, siempre el arbitrio de la fuerza. Bien sé que al paso que luchaba, que combatía, que mataba, que se comía á su semejante, ó tan sólo—progreso inmenso—á su hermano el cuadrúpedo, refinaba el hombre sus brutales dioses de tosca piedra ó de madera hasta acabar por pedirles bondad, piedad, justicia.

A este respecto, incrédulos y creyentes de hoy se hallan en la misma posición. Bajo formas diferentes, bajo variadas fórmulas, lo que buscan, con un mismo deseo, con ansia igual, es la bondad de la ley insensible, es la piedad del implacable universo, es la justicia de la fuerza. Interrogan al cielo, escrutan el planeta, se analizan, razonan acerca de sí mismos, indagando á tientas, en la noche, la justificación de las cosas. Unos la hallan en una divinidad soberana; otros en sí mismos, en su sola concepción de lo bello y de lo bueno. En el fondo, todos sienten lo mismo, todos buscan la satisfacción de una necesidad nueva, de una nueva hambre que combate á la otra, hambre de justicia y de bondad que pretende regular por una ley superior los apetitos de los órganos de la vida vegetativa.

Entonces se alzan templos, suben al espacio las oraciones, tratan los filósofos de desprender del soroque de los dogmas y de los ritos el sentimiento de amor que es también una fuerza, fuerza que vencerá al fin la injustificable estupidez de la fuerza bruta. Es un gran grito de justicia y de piedad que se eleva bajo la bóveda de inquietante serenidad. Y entre tanto, sobre el planeta que rueda por el espacio, obscuro ó luminoso, se ensaña la muerte, las guerras, las matanzas de todas las horas y de todos los minutos. La cabeza en el cielo, los pies en la sangre, he ahí al hombre. Mata para comer, mata para gozar, mata para delinquir, mata sin saberlo al andar, al respirar, al vivir: de todas esas iniquidades germina algo en sí mismo que protesta y demanda justicia. Esta bondad superior que extrae de tantas maldades, este goce elevado hecho de tantos sufrimientos, es su orgullo, su gloria y su poder. Esto es lo que le engrandece haciéndole superior al tiempo mismo que le vence. Esta piedad suprema que busca tan lejos, está en sí mismo. ¿Que no puede difundirla? ¿Que, habiéndola concebido, no la hace actuar, conquistadora, dominadora del mundo? He ahí todo el problema; no hay otro.

La necesidad de hacerse cruel para satisfacer el hambre, ha convertido al hombre en un lobo para el hombre, según ha dicho Hobbes. Pero el hombre, que engendró la matanza, engendró también el trabajo; por el aguijón del hambre, será el trabajo quien nos redima de la matanza. Defender al hombre contra los elementos, primero, contra el hombre mismo enseguida, para convertir á todos sus conjurados enemigos en otros tantos auxiliares y sostenedores: he ahí el fin que nos proponemos. La Bárbara, la sangrienta matanza en masa, no se deja

sentir más que por intervalos. Entre dos guerras, la paz la sustituye por la matanza económica, menos ruidosa más metódica, pero no menos segura. Poco á poco el macilento rebaño se aclara, diezmado por las lentas víctimas del hambre. Se vé, se sabe, se deja hacer, jurando que nos esforzamos por impedirlo. Los grandes sacrificios de bondad, de justicia, son ponderados en las iglesias, pero si el sacerdote clama: «¡Aliviad al pobre!», no se consiente que el fisco se presente en casa del cristiano á demandarle obediencia á la palabra de Cristo. El cura no se relaciona con el fisco más que para reclamarle su salario.

M. Commettant quiere colonizar, deportar á las gentes—esto es mi delirio—á los países donde la tierra está esperando quien la fecundice. Excelente intención. Pobre resultado que, aunque fuese eficaz, no sería más que temporal. Consultad á Malthus sobre los peligros de la proliferación. Mandar los hambrientos blancos entre los negros del Africa, que ya se devoran, hambrientos, entre sí, equivale sencillamente á propagar la guerra del hambre. Francia puede todavía alimentar más ciudadanos de los que alimenta. El problema social consiste menos en la creación de nuevas sociedades de injusticia que en la introducción de la justicia en las sociedades existentes.

Se discute sobre las fórmulas, sobre los sistemas, sobre los procedimientos; pero no se discute sobre los sentimientos que, unánimes, si nos penetraran hasta el punto de determinar actos de voluntad, aliviarían desde ahora mismo todo lo que puede ser aliviado. Cuanto en este respecto pueda decirse, ha sido ya dicho antes y después de Cristo. Todos los libros lo enseñan, todos los pulpitos lo vociferan. Pero la vida lo desmiente.

Vivimos actos reflejos de la antigua barbarie, trasmitidos de padres á hijos con las mismas doctrinas que los reprueban. Lo que llamamos nuestra civilización es la lucha de la poderosa inconsciencia atávica contra la nueva necesidad de justicia, que, hasta de verse confiada en los cielos, quiere ser satisfecha en la tierra.

Todos los hombres tienen hambre; esta es la ley de la naturaleza. Todos deben comer; esta es la ley de justicia. To los comerán; esta es la ley esperada. Para realizarla sin proscripciones, sin revolución, sin trastorno social, ¿qué nos falta?

La voluntad de obrar como sentimos.

G. CLEMENCEAU

Los mártires del trabajo

Ved esos rapazuelos que juguetean alegres por las calles, con sus trajecitos raidos, sus pies descalzos, el rostro demacrado, ostentando las evidentes señales del hambre y la sonrisa de la inocencia dibujada en su cara; esos son los hijos del obrero que produce y no consume lo que necesita para robustecer sus decaídas fuerzas; son los obreros de mañana que han de cultivar los campos para que coman rico pan y sabrosas frutas los reyes, los duques, marqueses, condes, generales, ministros, senadores, diputados, banqueros, capitalistas, obispos, frailes, monjas, jesuitas y demás gente que no trabaja ni jamás supo lo que es tener callos en las manos.

Son los que han de mover las maquinarias para fabricar elegantes trajes que no han de vestir nunca. Son los pobres que la sociedad actual ha creado; los que han de trabajar para que coman opíparamente los zánganos de la colmena social. Son los parias modernos.

¡Pobrecillos! y ellos juegan y se divierten sin pasar por su imaginación las amarguras que les esperan cuando sean hombres.

Y á esos infelices, por el mero hecho de ser desheredados de la fortuna, porque sus padres no cuentan con medios suficientes para darles una esmerada educación, se les llama golfos, ladronzuelos y granujas.

(1) P. Kropotkine, L' AIDE MUTUELLE DANS LA CITÉ MÉDIÉVALE—L' Humanité Nouvelle. Noviembre de 1898 p. 540 y següidas.

Golfos porque la indumentaria no les cubre totalmente sus desnudas carnes; ladronzuelos, porque tienen hambre y al pedir un mendrugo de pan y se les niega, se apoderan de él; granujas porque no se les ha dado instrucción y hacen lo que por experiencia han aprendido.

Entre esos golfos, entre esos ladronzuelos, entre esos granujas, es muy fácil que haya alguna inteligencia clara, que si se cultivara podría ser una esperanza del arte ó de las ciencias; y quizás también haya alguno hijo de padres desnaturalizados, de padres criminales, que huyendo de las habladurías de la multitud y queriendo conservar limpio el honor, les hayan arrojado al arroyo, quedando ante la sociedad como buenos y honrados; pero su conciencia les gritará sin cesar, ¡infame! ¡criminal! ¡mal padre! has hecho desgraciado á un sér que no lo merecía, á un sér que no ha cometido otro delito que el de nacer!

¡Cuántos casos de esta naturaleza ocurren constantemente! ¡Cuántas veces pasarán algunos hombres por las calles y tropezarán con un joven vestido andrajosamente, sin instrucción, sin oficio y hasta sin pan, pudiéndolo comer sobrado, y habrá sido despreciado por el autor de sus días sin haberle conocido siquiera!

¡Cuántas veces habrá llegado el caso de robar un hijo á un padre y éste, sin saber quien era, le habrá mandado encerrar en una oscura celda de presidio después de llamarle ladrón y alguno que otro calificativo de los que en tales casos se suelen emplear; y hasta quizás le haya juzgado y condenado!

Pues todo es debido á la sociedad corrompida en que vivimos, á esta sociedad en la que sólo puede vivir bien el vagabundo, nunca el honrado hijo del trabajo.

He ahí por qué somos mártires, porque el trabajador no es digno de la libertad que gozan hasta los propios animales; porque continuamos y continuaremos siendo los parias.

¡Ah! si nos diéramos cuenta de ello! si todos amásemos la libertad; si quisiéramos emanciparnos, cuán fácil nos sería!

Ocho días son tan sólo necesarios para que el obrero rompa la cadena de la opresión; ocho días son necesarios para triunfar, para convertir á los grandes en lo que somos los pequeños, para hacer que trabajen todos.

Ocho días que permanezcan todos los trabajadores sin excepción cruzados de brazos, basta para que se humille á sus plantas el déspota y el tirano y le pidan por favor pan ó trabajo.

Si entonces sabe aprovecharse de la ocasión les contestará: «Venid conmigo, produzcamos juntos, trabajemos todos para uno y uno para todos, para esta sociedad que componemos los hombres».

Entonces cesarán los odios, acabarán las infamias y ya no encontraremos más jóvenes raquíticos, faltos de pan y vestidos y hasta arrojados por los autores de sus días al arroyo, como actualmente ocurre.

Con ocho días de hambre general, todo se arreglaba; y esto es fácil; los desheredados no lo sentiríamos tanto porque ya tenemos costumbre. ¡Ay de aquellos que hoy nos llaman pobres y... otras cosas. Entonces llorarían y sabrían lo que es un mártir del trabajo!

JOSÉ SANJUÁN

Alfante.

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—Consideraciones generales según el criterio libertario, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—Conferencia sociológica, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**, por Eliseo Reclus; 15 céntimos.

El más rico

Yo soy el más rico del mundo.

Mis posesiones son inmensas. Extensos campos fertilísimos regados por caudalosos ríos; inmensos secanos y dilatados montes poblados de corpulentos árboles de que pueden sacarse materiales de construcción y primeras materias para numerosas industrias. Estos montes y aquellos campos contienen una riqueza abundantísima de todas las cosas aprovechables hasta para la ostentación y el lujo del más exigente gusto.

En mis fincas vienen á hacer provisión todos los potentados de la tierra.

Poseo las más ricas minas de carbón, de plomo, de plata, de oro... de todos los metales conocidos; criaderos ó yacimientos de diamantes; inmensas canteras de piedras preciosas, capaces de poderse fabricar con ellas las moradas de todos los habitantes de la tierra...

Poseo todo lo que no es de nadie... y lo que no es de nadie es mayor que lo que poseen todos los poseedores del mundo.

Pero... como no tengo ciencia ni medios para servirme de todas estas cosas, ó siquiera de una parte de esa inmensidad de riqueza, me veo en la indispensable humillación de pedir una limosna!

Así habló el mendigo. ¿No es este el caso de todos los desheredados de la tierra, hambrientos y desnudos en medio de las grandes riquezas desconocidas ó simplemente no aprovechadas?

Z. K.

Socialismo y Juventud

Si juventud quiere decir algo más que el contar tal ó cual número de años de vida, significa, sin duda, una redundancia de esta vida misma, redundancia que la lleva á derramarse y darse á los demás. Los viejos, seanlo de años ó de espíritu, pues hay quien nace viejo y hay quien se conserva siempre joven, los viejos son egoístas, y lo son también los niños. Aquellos necesitan ahorrar una vida que se les escapa, éstos ir atesorando una vida para mañana. Mas así que el hombre llega á la edad en que ha de hacer otros hombres, el amor le despierta el corazón y su vida pugna por darse y derramarse.

Es á la vez la edad de la más vigorosa afirmación de la propia personalidad.

Y es cosa indudable que nada está más dispuesto á entregarse que aquel que se sobra á sí mismo, ni nadie se vierte al prójimo si no cuando está lleno de sí mismo, ni hay, en fin, altruismo más fecundo que el que brota de un sano egoísmo redundante.

Es una vieja vulgaridad y un error manifiesto el de contraponer el individualismo al Socialismo. Cuanto más profunda y más acusada sea la individualidad de un hombre, tanto más aspira á extenderse y á concertarse con las demás individualidades.

El Socialismo es el fondo del sentimiento de la individualidad y dentro de él es donde mejor y más ampliamente pueden desarrollarse los individuos.

Anda por ahí una filosofía que dicen ser la de los hombres fuertes y no es si no la de los débiles que sueñan con una fortaleza de que carecen. La fuerza engendra sentimientos de compasión y de justicia, anhelos de sacrificarse por el prójimo.

Los hombres verdaderamente libres son los que saben coordinar sus esfuerzos con los demás, son los que saben que no hay quien pueda ser del todo libre mientras haya un

prójimo que sea esclavo. La libertad es un bien común y cuando no participen todos de ella, no son libres los que se creen tales.

Los jóvenes verdaderamente jóvenes y dignos de este nombre son los que tienen conciencia de que no es hombre verdadero sino el que aspira á ensanchar, acrecentar y corroborar la libertad común.

El que en su juventud no se siente socialista de corazón es que no es de veras joven.

Nació viejo, acaso por pesar sobre él la pesadumbre de generaciones desgraciadas. Heredó la vejez, nació cansado y la vida es para él un penoso trabajo. Hay que compadecerle.

No nos queda en España otra esperanza que la de juventud de corazón, la de aquellos jóvenes animosos que van á la conquista de la libertad común, á que no haya un solo hombre que viva sin trabajar á costa de otro que trabaje sin vivir.

MIGUEL DE UNAMUNO

La visita imperial

Gran entusiasmo despertó en muchos la visita del Emperador de Alemania Guillermo II á nuestro puerto y ciudad. La burguesía puso colgaduras en las ventanas, las autoridades banquetearon y hasta los mismos trabajadores acudieron á los muelles para ver al Emperador.

No puede causarnos extrañeza la actitud de los privilegiados, porque al fin y al cabo Guillermo II representa una gran fuerza al servicio de todos los privilegios injustos, de las tradiciones nocivas para el pueblo.

Tampoco puede extrañarnos que tomaran parte activa en las manifestaciones de felicitación y regocijo esos católicos que maldicen á los herejes y desde el púlpito injurian y calumnian á Lutero, el fundador de la secta religiosa de que Guillermo II es jefe supremo. Lutero, según esos católicos, recibió de Satanás sus inspiraciones, y los que siguen sus doctrinas merecen morir en las hogueras de la inquisición; pero cuando un hereje se presenta poderoso y repartiendo honores y provechos, entonces los católicos que parecían más fanáticos se olvidan de todo y se postran ante el poder del luterano, como se postrarían ante un mahometano y ante el mismo diablo en persona. Los católicos, ya lo sabemos de antiguo, no tienen más religión que sus provechos y sus vanidades.

Quienes verdaderamente no tienen motivos para entusiasmarse son los trabajadores. Guillermo II representa para ellos una fuerza de tiranía y de opresión, igual, por lo menos, que el czar de Rusia, tan maldecido por su pueblo y por los hombres libres de todo el mundo.

Todos los hombres de sentimientos humanos debieran recordar que Guillermo II es quizá el principal culpable de las horribles matanzas que realizaron los aliados europeos en China hace pocos años, y él fué quien despidió á sus soldados recomendándoles ferozmente que no hiciesen prisioneros. Semejantes á aquellos horrores son los que cometen actualmente los alemanes en el sur de Africa, donde los herreros son fusilados sin piedad, acuchillados los niños y las mujeres por los soldados del Emperador.

Pero donde ese Emperador se retrata de cuerpo entero es en las palabras que dirigió á sus soldados públicamente y que han servido á Tolstoi para uno de sus admirables estritos contra el militarismo. Dijo Guillermo II á sus soldados:

«¡Quintos! ¡Acabáis de ofrecerme fidelidad ante el altar! Sois aun muy jóvenes para comprender toda la importancia de lo que se ha dicho, por lo que os recomiendo que ante todo os cuidéis de obedecer las órdenes y las instrucciones que os den. Me lo habéis jurado, hijos de mi guardia; desde ahora sois mis soldados, me pertenecéis en cuerpo y alma. Ya no tenéis más enemigo que mi enemigo. Con las agitaciones socialistas actuales podría suceder que se os mandase tirar contra vuestros parientes, contra vuestros hermanos, contra vuestros padres, contra vuestras madres... aun en este caso debéis obedecerme sin vacilar.»

¿Comprende ahora el pueblo mahonés quien es ese hombre al cual se ha vitoreado y agasajado, para quien la burguesía ha puesto colgaduras en las ventanas y los trabajadores han abandonado el taller para contemplarle á su paso?

Extensión Universitaria

En su sexta conferencia sobre *las leyes de la Historia* el señor Acevedo trató de la *variabilidad*, que es la facultad que poseen todas las cosas, tanto en el mundo cósmico como en el de los seres vivos, de cambiar de forma.

La *variabilidad* es condición indispensable de todo progreso.

Refiriéndose particularmente á las modificaciones sociales, dijo que pueden realizarse por evolución y por revolución; aunque en realidad estos no son dos términos antagónicos, sino que más bien representan dos fases, dos modos de la misma ley del progreso, pues toda revolución presupone una evolución anterior que ha venido preparando el cambio definitivo.

Presentó una comparación ingeniosa haciendo notar que el «hecho revolucionario» del nacimiento de un niño, venía preparado por largos meses de gestación, y que luego para que el niño se transforme en un hombre son precisos muchos años de evolución lenta y constante.

La revolución es útil porque con sacudida violenta acaba de destruir las instituciones y las costumbres que se han hecho innecesarias y que constituyen un *peso muerto*, un estorbo para la marcha progresiva de la humanidad.

El ideal á que la humanidad se dirige, podrá estar lejos, pero se llegará; no haya miedo de equivocar el camino, de retroceder, de tropezar con los obstáculos que oponen los que están satisfechos en el presente; para orientarnos, el estudio enciende una luz en nuestro entendimiento y otra el amor en nuestros corazones.

Mañana disertará el profesor de instrucción primaria D. Gabriel Comas sobre la *educación del sentimiento*.

Huelga de curtidores

Los trabajadores de la fábrica de curtidos recientemente establecida en el *Cos Nou* vinieron de Barcelona con la promesa de trabajar nueve horas y media, además de haberles dicho que aquí la vida era más barata que en Barcelona.

Cuando estuvieron en Mahón les resultó la vida más cara y se les hizo trabajar diez horas y media.

En vista de ello, los trabajadores se reunieron para reclamar la jornada de nueve horas y media y que se colocara un reloj en punto visible del taller, para evitar confusiones.

Los burgueses, quizá creyendo que sus operarios tendrían que rendirse por no encontrar aquí trabajo en otra parte, se negaron á conceder lo que les pedían.

Entonces los obreros determinaron embarcarse para Barcelona, y así lo hicieron todos el viernes de la semana pasada.—Este es el secreto de haberse cerrado la fábrica de curtidos recién establecida en Mahón.

Comprendemos bien que los diarios políticos de la localidad hayan lamentado el cierre; pero comprendemos mejor que los obreros curtidores hayan preferido ir á buscar trabajo en otra parte que sostener aquí una industria en malas condiciones para ellos.—La idea de sostener las industrias á *fuerza de hambre* sólo puede caber en el cerebro de trabajadores excesivamente débiles, incapaces de comprender sus verdaderos intereses de clase.

No será fácil á los burgueses de la fábrica de curtidos encontrar operarios que sustituyan á los que se fueron. Aquí se ha hecho demasiado odiosa la palabra *esquirol* para que se presten á ejercer de tales obreros que tengan dignidad, y de fuera tampoco los traerán fácilmente, pues los que se marcharon avisarán á sus compañeros de oficio del caso que puede hacerse de ciertas promesas.

La Sociedad de Obreros Curtidores de S. Juan de Horta (Barcelona) á que aquellos pertenecen ha escrito á la Federación de Obreros de Menorca diciendo que la huelga continúa y escribirán á todas las Sociedades del oficio para que los compañeros de toda España sepan á qué atenerse.

ECOS Y COMENTARIOS

No hemos hablado de la fábrica de tejidos de Calafiguera, desde que ha reanudado el trabajo, por más que hemos oído á muchas operarias quejarse de las malas condiciones en que han de ganarse un jornal insuficiente. Pero hay cosas que no pueden pasar en silencio.

Parece que algunas madres, no teniendo donde dejar á sus hijos pequeños mientras ellas trabajan en dicha fábrica, los llevan consigo y los hacen dormir en un mal cajón, en la misma cuadra de trabajo, con una atmósfera irrespirable.

Uno de estos pobres niños fué puesto anteayer á dormir en el cajón, y luego, cuando la madre fué á recojerlo, hallóle asfixiado y se lo llevó á su casa creyéndole muerto.

No sabemos lo que habrá sido de la infeliz criatura, pues hoy se decía que no había llegado á morir. De todos modos, el peligro en que se pone diariamente á los pobres niños merece las mayores protestas.

Las autoridades y tribunales, tan injustamente severos cuando se trata de defender los derechos de la burguesía, ¿qué hacen cuando se trata de la vida de los obreros y de sus hijos? Nada.

Son los mismos trabajadores quienes están obligados á impedir que estos crímenes del capitalismo se repitan impunemente cada día y en todas partes. Si los trabajadores no se ocupan en la defensa de sus intereses ¿cómo han de esperar que otros los defiendan?

Las noticias que se reciben de Barcelona, son de que el terror reina en aquella capital. Las autoridades parece que se han propuesto acabar con los anarquistas, propósito que han hecho siempre todos los gobernantes que por allí han pasado, resultando siempre fallidos, porque aquellos compañeros están hechos á toda clase de pruebas y no se dejan doblegar fácilmente.

No contentos con haber matado el periódico *El Nuevo Espartaco* á fuerza de denuncias y recogidas, ahora la han emprendido con *Salud y Fuerza*, órgano de la «Liga de la Regeneración Humana», denunciando y recogiendo su último número.

Los registros en los domicilios de particulares y de sociedades obreras están á la orden del día.

Parece que se quiere fastidiar á los compañeros presos con motivo del *mitin del hambre*.

Esperamos que los obreros de aquella ca-

pital (los que no están adormecidos por las mentiras políticas) sabrán aguantarse firmes ante las provocaciones autoritarias y que los compañeros del resto de España estarán dispuestos á prestar su apoyo á los luchadores de Barcelona, promoviendo agitación hasta que las autoridades barcelonesas cejen en sus propósitos.

Pronto se verá en causa pública el proceso contra Castellote, al cual se achaca la publicación de unas hojas clandestinas.

Pedimos á nuestros amigos de Barcelona que nos escriban poniéndonos al corriente de cuanto allí ocurra, para hacer campaña contra la arbitrariedad gubernamental.

El Productor anuncia su reaparición el día 15 del corriente.

Dirección: Argüelles 11, 1.º, 2.ª, Gracia—Barcelona.

Nuestros compañeros de «Juventud Libertaria» de Barcelona se proponen hacer una gran tirada del folleto *A mi hermano el campesino*, de Reclus, que se repartirá gratis, pudiendo los grupos y sociedades adquirirlos á 3 ptas. los doscientos ejemplares.

El próximo domingo por la tarde se proyecta celebrar un mitin de propaganda societaria en el salón de la Tertulia Republicana del vecino pueblo de S. Luis.

ERRATAS

En la segunda plana, primera columna, párrafo segundo, las líneas quinta y sexta deben decir:

hubieran perdido la conciencia de su poder. La misma gilda que construía una catedral.

En la misma plana, columna tercera, párrafo segundo, segunda línea, donde dice:—esto es mi delirio—debe decir—esto es un delirio.

Sentimos mucho no haber puesto suficiente cuidado para evitar estas erratas. Dispénsenos nuestros lectores.

PAPEL IMPRESO

La Escuela Moderna ha enriquecido su ya numerosa Biblioteca con la publicación de la *Psicología Etnica*, por Ch. Letourneau, traducción de Anselmo Lorenzo.

Constará de cuatro tomos, de los cuales el primero contiene: *La evolución mental en los animales; la mentalidad del niño; la vida de conciencia en el hombre; la mentalidad del hombre primitivo; la mentalidad en el Africa negra*.

Precio de cada tomo: dos pesetas.

Dirigirse á la Escuela Moderna, calle de Bailén 56, 1.º, Barcelona.

COSTUMBRES POPULARES DE MENORCA.—Contestación al cuestionario de la Sección de Ciencias Morales y políticas del Ateneo de Madrid, por el abogido D. Pedro Ballester.

Forma un elegante tomo de unas cien páginas; se vende al precio de dos pesetas y el producto líquido se dedicará á la «Liga Anti-tuberculosa de Menorca.»

Dirigirse al autor ó á nuestra Administración.

CORRESPONDENCIA

Alayor.—L. P. Recibidas 14'40 pesetas; conformes. Hecho cambio y aumento.

Palafrugell.—A. C. Servimos 15 ejemplares desde este número.

Ubeda.—B. C. A. Recibidas 5 pesetas. Tienes pagado hasta el número 193. Enviamos folletos.

Cullera.—A. P. Recibida libranza; conformes. Enviamos folletos.

Barcelona.—«Juventud Libertaria.» Enviados 1.000 ejemplares de *A mi hermano Campesino*, cuando lo publiquéis.